

ba en una lesión de sus centros cerebrales. Un especialista se hizo cargo de él.

Conocimos a un padre, muy celoso de sus deberes, y que quiso por sí mismo encargarse de la educación de sus hijos. Compró pizarras y planas, lápices y libros, y estableció la escuela en su despacho, prestándose propicios sus dos hijos a recibir la enseñanza. Pero el buen señor era un temperamento nervioso, de profesión autoritaria, sin conocer, ni de vista, la ciencia biológica y, en cambio, muy celoso del incontrovertible y tan mal aplicado principio de autoridad. Vació todo su modo de ser sobre los chicos; la lección era una serie de mandatos, de gritos, de órdenes... Si los alumnos demandaban una explicación, se les negaba; si miraban un momento hacia la calle, venía encima la mano del padre. Era la enseñanza potro. Los muchachos, cohibidos, en constante estado de tensión mental, no adelantaban en su formación educativa. El padre se desesperaba achacándolo a holgazanería de las pobres criaturas. Uno de los pequeños fué víctima de trastornos nerviosos. Fuí llamado, y no cabía duda en el diagnóstico, pues se trataba de un corea de Sydenahn, de lo que vulgarmente se llama baile de San Vito. ¿Causa? El trauma psíquico de la lección diaria. Se convenció el padre. Buscóse un maestro capaz. Curó el mal con la medicación conveniente, y el atraso educativo fué ga-